

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1991

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

PERSONAJE: BERTA AMBRIZ ZEPEDA.

ESCENOGRAFÍA.

Ciclorama o cortinas negras. Grandes retratos que descenderán cuando se indique.

VESTUARIO.-

Traje negro, minifalda, sombrero y velo sobre la cara. Tacones altos.

ÉPOCA.-

Actual.

LUGAR.-

México D.F.

Aparece Berta en el fondo del escenario, camina nerviosa de un lado a otro, al fin se decide y se coloca en proscenio. Se nota que le cuesta trabajo empezar a hablar.

BERTHA.- Buenas noches. Perdón. Buenas tardes. *(Ve su reloj).* Ya no sé que hora es. *(Pequeña pausa).* La verdad es que no sé como empezar, estoy tan nerviosa. Esta es la primera vez que hablo en público; nunca creí tener necesidad de hacerlo, pero lo cierto es que necesito un consejo y lo necesito en forma urgente. Ustedes se preguntarán, y con razón, que si es eso por qué mejor no recurro a un especialista, que para eso están. La verdad es que ya lo hice, ya hablé con psicólogos, psiquiatras, consejeros profesionales y hasta con dos abogados y tres médicos... Y nada. Por eso recurro a ustedes, a ustedes como seres humanos que son, como gente sensible. La pregunta que les suplico me respondan es la siguiente: ¿Cómo puedo morir? *(Espera un momento contestación).* Sí. ¿Cómo puedo morir? *(Vuelve a esperar, después ríe).* Soy tonta, lo reconozco, no puedo preguntar así como así sin que ustedes conozcan mi caso. Ustedes vienen a divertirse y no a contestar preguntas tontas, lo sé, y en caso de que amablemente lo hicieran no sabrían que responder. ¿Que cómo puedo morir? Me responderían que de mil formas: ahogada, en la cama, de un infarto, por Sida, asesinada, atropellada, muerta por ingestión de alimentos, de mal de parto, en una balacera callejera; que puedo morir de pie,

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

sentada o acostada, que puedo morir en un terremoto apachurrada o despedazada en un accidente aéreo, también puedo hacerlo picada por un alacrán o por un enjambre de abejas africanas; que así mismo puedo morir de cáncer o simplemente de vieja o de un mal de ojo que me hagan. Puedo morir por un mal aire, por fumar mucho, por no dejarme asaltar en la calle y etcétera, etcétera, etcétera. La muerte original, siempre distinta, siempre imprevista. Qué diferencia con el nacimiento, ese siempre es igual, los mismos gritos, el mismo sangrado, siempre después de nueve meses de espera. La muerte no, la muerte puede ser lenta o rápida, se puede morir de frío o de calor, con dolor o sin él, consciente o inconsciente. ¿Quién de ustedes no conoce la representación de la muerte, ese esqueleto con velos y su guadaña? En cambio ¿alguno conoce la representación del nacimiento? Nadie. La muerte es lo importante, no la vida. Nacemos para morir, no morimos para nacer. *(Pausa)*. Todo este preámbulo es para poder hablar de mi familia, una familia predestinada a morir. No, no se rían, sé que todas las familias también están predestinadas a eso mismo, todas, pero no de la forma de la mía. Familia grande, de las antiguas, con tíos, abuelos, primos, padres, hermanos y hasta un niño recogido. Se los voy a presentar a uno por uno para que los vayan conociendo, en foto, por supuesto, en vivo no es posible pues todos murieron, todos en los últimos cinco años. Sólo quedo yo vivita y coleando. *(Jala el primer cordel para hacer descender una foto, lo mismo hará con las demás, las fotos quedarán debidamente repartidas en el escenario. Ve la foto, no la distingue bien, se quita el velo de la cara)*. Es mi tío Jacinto; ya lo estaba confundiendo con mi papá, y eso que son tan diferentes. La miopía. Pero no voy a usar lentes, no van conmigo, con mi personalidad. El tío Jacinto es esposo, o era esposo de Lucrecia, la hermana de mi mamá. *(Baja otro retrato)*. Esta gordita es mi mamá, Luz, todos le decíamos Luz de Día. *(Baja otro)* Este es José Emiliano, otro tío, nunca supe si era por parte de papá o de mamá, ella decía que era un arrimado de la familia de él, y él que era un arrimado de la familia de ella. Dejémoslo como arrimado y punto. *(Baja otro)*. Este es el niño que recogimos, bueno, que adoptamos, se oye mejor, ya lo sé. Se llamaba Jacinto, como mi tío, pero él se lo cambió por Melitón. Todos le decíamos Lito de cariño. *(Baja otro)*. Adivinen quién es. No, yo no soy, nunca he sido tan flaca. Es Amparo, mi hermana. Me llevaba dos años. Ahora somos iguales. Ella murió de treinta y cinco años, hace dos de eso, y sigue teniendo la misma edad. Los muertos ya no envejecen más. El próximo año, si no muero antes, voy a ser más vieja que ella. *(Baja la foto)*. Si no adivinaron con el retrato anterior menos lo van a hacer con éste. Es Arturo, mi marido. No les voy a decir nada de él por el momento. *(Baja otro, sonrío ampliamente, cambia el tono de su voz, se vuelve cariñosa)*. Es mi abuelita

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

Dorotea. *(Jala otro próximo a éste)*. Y mi abuelito Andrés, los dos juntos, como toda la vida. *les envía besos. (Baja otro, lo sube, lo baja, lo vuelve a subir, ríe, lo baja)*. Es mi papá, Bulmaro de nombre, le encantaban las bromas. *(Mira el retrato de la abuela, la señala)*. Estaba esperando el regaño de mi abue Dorotea; de Dorotea, como ella pidió que le dijéramos, nada de abue o abuelita. Dorotea como Doroteo Arango, Pancho Villa: por él le pusieron ese nombre y como él fue peleonera. *(Cuenta los retratos en voz baja)*. Tío Jacinto, uno; Mamá Luz, dos; José Emiliano, tres; Lito, cuatro; Amparo, la flaca, cinco; mi esposo, seis; los abuelos, ocho; Bulmaro mi mero padre, nueve. *(Busca con la mirada)*. Falta mi tía Lucrecia. *(Encuentra la cuerda)*. Aquí está. ¿Se acuerdan? Es la esposa de mi tío Jacinto y hermana de mi mamá. Con ella son diez. Faltan dos. *(Busca por todos lados)*. No están. Eran mis primos Rómulo y Remo... no se rían, yo no les puse ese nombre, se los puso su padre, mi tío José Emiliano. Doce ellos y yo trece. No pongo mi foto porque estoy aquí, aunque pensándolo bien sí debí hacerlo, sobre todo si fuera esa en la que me veo bellísima... casi igual que ahora. *(Modela un poco)*. Cuerpo de tentación y cara... Ya sé lo que iban a decir, pero no, se equivocaron, cuerpo de tentación y cara de ángel. *(Sonríe angelicalmente)*. ¡Trece. Trece! A la mejor fue por eso... pero no, si yo no soy supersticiosa, no me asustan los gatos negros, paso por debajo de las escaleras, abro paraguas en mi casa y digo la palabra víbora sin necesidad de tocar madera. *(Se va poniendo nerviosa, busca, camina de un lado a otro, al fin encuentra madera y la toca. Sonríe al público)*. Toqué madera para oír el sonido, me encanta, no crean... ¡Trece! Trece, de los cuales doce ya están muertos, ya son difuntos, sólo quedo yo, y la verdad que no quiero que me suceda lo que a ellos, y no hablo de morirme, algún día lo tengo que hacer, ni que fuera a ser inmortal. No, hablo que quiero morir dignamente, seriamente; no como ellos, no quiero que todo el mundo se ría de mí. Que no lloren, estoy de acuerdo, no todos tienen porque hacerlo, pero de eso a que se rían. *(Pausa)*. ¿Qué cómo murieron ellos? *(Empieza a reír)*. Eso es lo que les voy a contar. *(Ríe más fuerte)*. Perdón, sé que no debo reírme, es mi familia. *(Se pone seria, estalla en carcajadas)*, Pero no puedo. *(Ríe largamente)*. ¡Ya! *(Se pone seria, ríe, se pone seria hasta lograr quedar sin reír)*. ¿Con quién empezamos? Dejémoslo a la suerte. *(Cierra los ojos, da vueltas rápidamente por el escenario sobre si misma, al final jala uno de los cordones. Las fotos fueron subidas por Berta cuando buscaba madera para tocarla. Ahora volverá a hacerlas descender una a una)*. ¡El abuelo! *(La foto del abuelo muestra a una persona elegante, coqueto, con grandes bigotes. Usa flor en el ojal de su saco. Será una especie de Fernando Soler)*. ¡Ay, abue! Tú sí que eras tremendito. *(Al público)*. No sé como fue en su

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

juventud, pero me lo imagino, si ya de viejo era cómo era... Para él no existía otra cosa en el mundo que no fueran las mujeres, cualquier mujer, con decirles que hasta a nosotras, sus nietas, nos acariciaba de una manera... Murió donde tenía que morir, haciendo el amor a mi abuela. ¡Qué escándalo fue ese día! Todos corrían, unos para evitar que nosotros entráramos al cuarto y viéramos el espectáculo, otros tratando de separar al abuelo de la abuela a la que tenía presa en un fuerte abrazo, nosotros queriendo ver a toda costa, sobre todo cuando nos dijeron que los dos estaban desnudos. Me imagino que el abuelo murió en el orgasmo, cuando se siente la muerte chiquita, sólo que él sintió la grande. Siempre son los viejos los que mueren en este trance, nunca las viejas; dicen que es por el esfuerzo, que hacer el amor corresponde a correr un kilómetro sin parar, y el pobre de mi abuelo ya no podía correr, ni siquiera caminar de prisa hasta la esquina de la casa. Ya lo veo en los estertores de la muerte todo convulsionándose y a la abuela feliz creyendo que el abuelo usaba técnicas nuevas. “Más” le pediría, “más, más”...y el abuelo dio más para después dar menos, menos... menos. La verdad que a mí me encantaría tener un amante como fue mi abuelo. (*Ahora baja el retrato de Amparo, la hermana.*) Pobrecita, tan guapa que era y morir así. (*Ve la foto*). En la foto ya no se ve bonita, pero sí lo era, y muy bonita, casi tanto como yo. Una característica de ella, quizás la única, era ser obsesiva, obsesiva en todo. Terca la llamaría yo. Primero le dio por las carreras; no, no las de autos o caballos, esas no le gustaban, menos ir a correr. Hablo de las carreras académicas. Estudió para trabajadora social, se recibió, después estudió derecho, se recibió, continuó como educadora, ya no se recibió. Se murió antes. Estudiaba día y noche, noche y día, leía libro tras libro. Hermanita -le decía yo- vamos al cine. Invariablemente contestaba que tenía que estudiar. Jamás aceptó ser mi chaperona por el mismo motivo y así perdí yo la oportunidad con varios galanes. Su segunda obsesión fue la limpieza. ¡Qué horror! Se lavaba las manos no sé cuántas veces al día; si se iba a comer una naranja primero lavaba ésta con detergente, después con agua hervida, la pelaba, volvía a lavarla, la colocaba en un plato y la comía con un cuchillo y tenedor. Nunca a mordidas y con la mano. El tiempo en que no estudiaba se dedicaba a trapear, sacudir, lavar, desinfectar, hervir. Para su mala suerte empezó a engordar, no mucho, cuatro o cinco kilos que hasta le iban bien, pero ella decidió bajarlos. Primero dejó de comer dulces y harinas; nada, ni un gramo. Dejó de comer papas y plátanos. Tampoco. Fue cuando le entró la obsesión de las dietas. Siguió todas las habidas y por haber: la de la luna, la del agua, la de las toronjas, la del Dr. Franco, las macrobióticas, las de los días primeros de mes, las dietas sin sal, las dietas donde sólo se tiene que comer cosas dulces o saladas pero nunca mezclarlas, la que exige todo en

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

horno de microondas, las de colores: comida verde los lunes, roja los martes, etc.; la que le dieron en el Instituto Health and Co., la que debe ir acompañada de ejercicios físicos, la que exige tomar medicinas para quitar el apetito. Primero hacía una, al terminar ésta empezaba con la siguiente, hasta terminar con todas. Después juntó dos al mismo tiempo, después tres, hasta terminar con las veinte. Para esto ya habían bajado los cuatro kilos y tres más, pero repito, era obsesiva y así siguió, siguió... *Ríe*. Cuando murió parecía una de esas calacas de Posada, y más cuando la vistieron toda de rosa. Se veía bien vaciada. Los que cargaron la caja me contaron que parecía que iba vacía, como que no llevaba nada. Yo ya comencé la dieta de la luna, pero sólo esa. Y es que también me sobran algunos kilitos (*Señala con pudor los pechos*). Aquí y... (*Aun más apenada señala las nalgas*) aquí. (*Baja la foto del tío Jacinto. Es un hombre delgado, con anteojos redondos, calvo*). Este es mi tío Jacinto, el cuñado de mi mamá. ¿Se acuerdan? Murió por curioso. Curioso pero no chismoso. El quería saber las cosas para el mismo, no para trasmitirlas a los demás. Cuando lo necesitaba para cualquier cosa yo sabía dónde encontrarlo: o espiando por las cerraduras de las puertas o detrás de la cortina de una ventana con sus binoculares para ver lo que hacían los vecinos o los que pasaban por la calle. Todo lo quería ver, todo lo quería saber. Si yo, mis padres, o cualquier otro de la casa hacía algo, lo que fuera, por pequeño que esto pareciera, el tío se presentaba para preguntar que cómo lo hicimos, que por qué lo hicimos, que cómo lo hicimos; no se iba hasta tener la respuesta. Nadie se les escapaba. Sin permiso entraba a los cuartos, abría cajones, leía nuestra correspondencia. De balde le llamábamos la atención. El, como si no hubiera oído nada. Si nos telefoneaban, él, como quién no quiere la cosa, se iba acercando lentamente hasta poder distinguir lo que decíamos. Si bajábamos la voz se acercaba más y más. Qué más natural que preguntarle a él sobre cualquier cosa, como que a dónde fue mi mamá o quién me habló; él jamás daba alguna respuesta, sólo movía la cabeza para decir que no sabía nada. Lo que lo ponía nervioso es que sucedieran varias cosas al mismo tiempo en la casa: que a mí me telefonaran, que llegara visita para mi papá, que Amparo consiguiera una nueva dieta y la estuviera explicando a mamá, que los abuelos discutieran una fecha antigua. En estos casos nos preguntaba insistentemente que quién nos habló, que para qué, que qué contestamos. Así a todos los demás... El día del asalto a la vinatería que está frente a la casa él estaba en la ventana observando todo, tembloroso por la emoción de ver algo distinto a lo de todos los días. Vio cuando los asaltantes bajaron del auto, cómo entraron a la tienda, cómo sacaron sus metralletas. Hasta ahí vio. Los delincuentes entraron y con ello desaparecieron del foco de su mira, él, ni corto ni perezoso salió a la calle,

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

cruzó y entró a la tienda; más bien llegó a la entrada. Yo, que también soy un poco curiosa, observé desde la ventana a mi tío. Me imagino que le preguntó a Don Serafín, el dueño de la vinatería, que qué pasaba. Siete balazos le dieron. Antes de caer dio unos brinquitos bien chistosos. Probablemente quería preguntarle a los asesinos que quiénes eran, que de dónde venían, que cómo se llamaban, que dónde compraron esas armas, que si esta actividad les redituaba, si no era peligrosa. Pero se quedó con las preguntas en la boca, creo que por eso se le salieron los dientes postizos. Ahora debe de estar preguntando a San Pedro que cuántos entran al cielo cada día, que por qué rechazan a unos, que dónde le hacen tantas llaves, que dónde guardan los ángeles sus alas ya que él no ha visto ninguna. Es posible que esté también colocado en alguna nube para desde ahí observar lo que pasa en la tierra. (*Levanta el brazo para saludar. Ve hacia el cielo*). ¡Hola, tío! (*Ahora baja el retrato de Bulmaro. El padre. Es un personaje sonriente, gordo*). Mi padre dijo siempre que su nombre, Bulmaro, era una broma de mal gusto, y para desquitarse de ella él se volvió bromista a su vez. No era muy bueno que digamos; sus bromas, la mayor parte del tiempo, eran pesadas, pero él gozaba a morir cada vez que las hacía. Se levantaba a media noche, se envolvía en una sábana y se iba a despertar a toda la familia haciendo sonidos raros, de fantasma, decía él; nos metía lombrices en los zapatos, ponía polvo de chile a los dulces, se fingía enfermo o entraba a la casa diciendo que lo había asaltado y traía una herida en el vientre. Claro que entraba casi arrastrándose, con rictus de dolor en la cara. Reía a carcajadas cuando todos corríamos para auxiliarlo. Una vez le dijo a mi madre que se iba a ir pues se había enamorado de otra, que lo disculpara, pero que la pasión y el amor lo dominaban. La pobre de mi madre enfermó del susto y del coraje. Jamás le creyó que fuera una simple broma. El murió por otra. Broma, por supuesto; no otra mujer. Hace dos años, en semana santa, toda la familia se organizó para ir de vacaciones al mar. Mi padre iba a manejar un auto y mi tío José Emiliano el otro. A la hora de partir que no aparece mi padre, lo buscamos por todos lados, en la casa, en la colonia. No estaba. Suponiendo otra de sus bromas decidimos marchar. Cuando regresamos de Acapulco, todos quemados por el sol, tostaditos, entramos a la casa y nos dimos cuenta que olía mal. Pobre papá, se había escondido en un baúl para retardar la salida al mar; seguramente quedó trabado y ahí murió, todo encogidito, en posición fetal, jugándole una broma a la vida. A mí también me gustan las bromas, aunque no tanto como a él; mis bromas son inocentes como puede ser el hablar a mis amigos a las tres de la mañana para preguntarles la hora (*Se ríe de su broma*) o decirle a alguna amiga que vi a su novio con otra. (*Vuelve a reír*). Creo que a la muerte también le gustan las bromas y por eso se

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

llevó al pobre de mi tío José Emiliano rebotando en la escalera de la casa cual si fuera una pelota. (*Baja la foto de José Emiliano, es un ser amargado, con ceño fruncido y boca apretada. Flaco. Señala la foto*). Era neurótico. No de los anónimos. Para nuestra desgracia era bastante conocido. De todo se enojaba; si poníamos nuestra música gritaba que la apagáramos, si llamaban por teléfono el corría a contestar para colgar inmediatamente, se enojaba si hacía frío o calor, se enojaba si nos reíamos o si cantábamos; era casi capaz de matarnos si nuestras ideas políticas o religiosas eran distintas a las de él. Él era el único que tenía razón en este mundo. Si de todo se enojaba, había una cosa que literalmente lo sacaba de quicio, algo que no podía resistir. Ese algo eran los mosquitos, sencillamente no los soportaba. Decía que prefería a cinco suegras a un solo mosco. Su cuarto olía a flit, tenía mosquitero sobre su cama; las ventanas las tenía tapiadas, la puerta la cerraba inmediatamente después de entrar o salir. Pero entró el mosco. ¿Cómo? Vaya usted a saber. El caso es que entró. El tío trato de matarlo, cuando lo detectó. con insecticidas, aventándole zapatos, descubriéndose el pecho para que el mosco lo picara y en ese momento apachurrarlo. Nada, sólo había conseguido hasta ese momento un jarrón roto, una almohada desgarrada que permitió que miles de plumas volaran por el cuarto, tres o cuatro manazos sobre su pecho desnudo y una furia contenida que lo hacía ver todo rojo. Abrió la puerta de su cuarto y vio claramente como el mosquito salía por ella; lo persiguió por el pasillo, llegó al hall superior donde le aventó un cojín; el mosquito, quizás ya asustado por la persecución, decidió bajar al primer piso para escapar de ese hombre iracundo. Bajó rápidamente, mi tío lo siguió igual, sólo que rebotando en los escalones. Dicen que murió en el segundo de ellos, que ya no llegó vivo abajo. El mosquito debe estar tomando su té de tila para el susto. Yo no soy neurótica, qué va, lo juro, no importa que el médico diga que soy compulsiva. Es mentira, es mentira. (*Se va enojando*). ¡Es mentira! (*Se calma, sonrío*) Mejor carácter que yo..., nadie. (*Ve hacia el cielo*). Tío, tú sabes que eso es mentira, que el compulsivo eras tú y nadie más. Díselo al público. No, no lo va a hacer, lo conozco. Así que mejor seguimos con mis primos Rómulo y Remo. No tengo fotos de ellos pero les puedo asegurar que eran idénticos, igualitos en todo. Una vez, y espero que esto no lo divulguen, porque me da pena, que entro al baño y los dos se estaban bañando. Por eso digo que eran iguales en todo, los observé detenidamente y vi que tenían exactamente el mismo... ombligo, igual de redondo y profundo. En carácter no eran tan iguales, creo que influyó el nombre en ellos. Rómulo era tan terco como su nombre, como una mula. De eso murió. Se entercó en que la tos que tenía era de fumador y no de tuberculosis. Fue una muerte romántica, como del siglo

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

pasado. Remo se dedicó a remar, a remar; a remar contra la corriente, y así entre remo y remo llegó al mar y ahí se ahogo. A ellos casi ni los traté, mi terquedad para conseguir lo que quiero no me la pueden haber transmitido ellos, lo que pasa es que yo soy así. ¿Qué cómo murió mi madre? Ella murió de lo contrario de mi hermana. (*Baja la foto. Luz es una mujer obesa*). Murió de tanto comer. Era lo que ahora llaman comedora compulsiva. ¿Alguno de ustedes vio esa película italiana de la Gran Comilona? Pues mi madre era peor. Come, o mejor dicho, comía de todo: tacos, tortas, tostadas, sopas, memelas, hot cakes, pizzas, sopas, curries, cremas, pasteles, suchis, churros, pozoles, carnes, mariscos, cajetas, pambazos, helados, romeritos, pavos rellenos, frutas, verduras, chop sueis y chop meins, salchichas, moronga, ates. Eso era lo común, lo del diario, pero mi madre también era capaz de comer tortas de hot cakes, pavos rellenos de frijoles refritos, carne cruda, piña con todo y cáscara; bueno, con decirles que hasta las palabras se comía y también sus corajes. Estos eran los únicos que se le atragantaban. Lo demás, no. El día de su muerte fue cuando nos invitaron a la boda de mi prima Refugio; fue boda nada más por lo civil; ya saben, de esas bodas donde los invitados escuchan al juez recomendar cosas que ningún casado hace y después se pasa a la mesa a comer un rico bufete. La única que comió ese día fue mi mamá. Mientras el juez decía que la mujer debe ser obediente y abnegada, ella se atragantaba con galletitas con caviar, anchoitas, ostiones ahumados, filetes de salmón de Canadá, aceitunas españolas, pulpo en su tinta, patas de cangrejo moro, palmitos, centros de alcachofa, langostinos, camarones al mojo de ajo, quesos franceses, pasteles austriacos. No dejó nada, ni los bolillos. Todo se comió. Lo difícil fue conseguir una caja donde cupiera su panza, ninguna cerraba; tuvimos que fajarla, para que cupiera, con unas sábanas. A mí, si me sirven caviar, langosta y alcachofas, también me las como, pero no tantas y en tan poco tiempo. (*Mira hacia el cielo*). ¡Buen provecho, madre; (*Baja otro retrato*). Es Lucrecia, la hermana de mi madre y esposa de Jacinto. (*Mujer despeinada, con aspecto de loca*). Estaba algo chiflis, un poco Lucrecia, para hacerle honor a su nombre. Mi tía se creía star, y no del verbo ser y estar, sino star de estrella. Yo no lo digo, lo decía ella misma: “Soy una star, una mexican star.” Y como, según sus tonterías, una star que se respete debe saber cantar y bailar, ella lo hacía todo el día y parte de la noche. Su especialidad eran las canciones que hablaban de la muerte pues, según ella, esas eran las únicas verdaderas nacionales, ellas reflejaban el verdadero sentir del mexicano. (*Ahora canta y baila trozos de canciones que tengan la palabra muerte en el título o en el contenido, por ejemplo “Morir por tu amor”, “Se murió mi gallo tuerto”, “México lindo y querido”, “Rosita Alvarez”, “Juan*

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

charrasqueado” y etc. etc. El cancionero mexicano es rico en ese tema y la actriz escogerá la canción o baile que más le convenga. Esta parte del monologo deberá, de preferencia, ser fársica, la actriz en medio de las canciones lanzará gritos de júbilo que hablen de la muerte: ¡Que esperas pelona para sacarme a bailar! ¡A mí que me dura la muerte! ¡La muerte me pela los dientes! (Esta última frase la dirá al terminar su baile o canción, como remate. Ríe.) “A mí también la muerte me pela los dientes”, dijo, y la muerte se los peló para llevársela. Igual que a Rosita Alvérez, a ella le dieron también tres balazos, el segundo fue el de la muerte. Se los dio Tiburcio, nuestro vecino, el que está todavía en la cárcel. Una y otra vez pidió, exigió, suplicó a mi tía que no cantara de madrugada y menos con tantos gallos, los de ella, no los gallos del vecindario. Ella, como si no hubiera oído nada, y él, vuelta a rogar, suplicar. Hasta que se cansó. Cuando murió mi tía estaba cantando la canción del gallo tuerto. Con el balazo emitió su último gallo, no el tuerto, un gallo de verdad. (Hace el sonido, vuelve a reír). La enterramos con su traje de china poblana; el sombrero fue el que no cupo en la caja, yo lo tengo y me lo pongo cuando canto de madrugada. (Ve las fotos). ¿Quién me falta? (Hace un rápido recorrido, va nombrando los retratos que ya bajó). Mi abuelo Andrés; Amparo, mi hermana; Bulmaro, mi papi, mi tío José Emiliano, Rómulo y Remo que no están pero cuentan, mi tío Jacinto, mi madre, la tragona; Lucrecia, la star. Me faltan Lito, Dorotea, mi abuela; Arturo, mi peor es nada, y yo. Si quieren me salto a los que me faltan y hablo de mi caso. Ya tengo ganas de saber lo que me van a aconsejar. ¿Ya lo pensaron? Espero que sea algo original. Me encanta la muerte de Cleopatra picada por un áspid, la de María Antonieta bañando de sangre a todos los que fueron a ver como la guillotaban; la de Carlota, mujer de Maximiliano, muerta de amor y locura; o la de la otra Carlota, la Corday, que murió ahorcada cuando se estaba bañando en su tina. ¿Qué tal sería morir como Juana de Arco en la hoguera? No, esa muerte no me gustaría. También me fascinaría que mi muerte fuera un misterio, morir como Marlyn Monroe donde unos dicen que se suicidó, otros que la mandó matar el presidente, otras que fue un amante desconocido. Sé que está muy choteado el numerito, pero también sueño con morir como la Dama de las Camelias: arrojando sangre a borbotones mientras mi amado me sostiene entre sus brazos. Iba a decir que también me gustaría morir como la primera mujer del mundo, Eva, pero la verdad que no recuerdo como murió. Se le debe de haber atragantado la manzana de Adán. (Ríe). Ustedes piensen, todavía nos quedan varios minutos para buscar algo original, alguno, a la mejor, da con la forma inédita de morir. Algo que sea difícil pero no imposible. Será ese detalle el que pueda volver a uno de ustedes famoso. “Inventó una nueva forma de morir”.

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

“Mexicano encuentra una forma original de morir” Eso dirán todos los periódicos del mundo, también la radio y la televisión. Y la foto de uno de ustedes junto a mi cadáver, pues yo seré quién experimente la novedad. Unidos por la fama para el resto de la vida. Me encantaría, aquí entre nos, que quién inventara esta nueva forma fuera una mujer y no un hombre. Ellos han inventado casi todas las formas: fusilando, lapidando, bombardeando, ahorcando, decapitando. Ellos se han creído dueños del poder, hasta del poder de dar la muerte, y vaya si lo han ejercido, pregúntenselo si no a Atila, a Napoleón, a Hitler, a Cortés, a Bush. Justificado o no el hombre manda matar. Bueno, alguna mujer también lo ha hecho: la Tacher, varias reinas. Pero menos que los hombres, mucho menos. Sucede lo mismo con los asesinos famosos, todos, o casi todos, son o han sido hombres: Jack, el destripador; Landrú, el Goyo Cárdenas. ¿Cuál mujer es famosa por esto? No me acuerdo de ninguna, cuando mucho de las Poquianchis. Si hago la lista de los hombres famosos por sus crímenes no termino nunca. Los hay franceses, ingleses, rusos, mexicanos, checoslovacos, africanos, asiáticos, uruguayos, y etc. etc. etc. Todos los países tienen sus asesinos. Pero ya me estoy yendo por donde no debo. Estoy hablando de las muertes de mi familia y no de las muertes en el mundo. (*Entra un tramoyista o transpunte, le da una nota. Sale. Leyendo*). Que un coche rojo placas UV 567. Está tapando una puerta ¿No es de nadie?... Mejor. Qué esperanza que mi abuela fuera a permitir que alguien se parara frente a la entrada; por menos les hubiera bajado las llantas o pintado el vidrio. Y si ella fuera a la que la grúa le estuviera llevado su auto... entonces sí que se armaría el sanquintín. Dorotea era... Pero esperen, tengo que bajar su foto (*Lo Hace*). “Dorotea La Cantadora, Dorotea la Bailadora, Dorotea la Peleadora” (*Se transforma en Dorotea*). Dorotea, la Enamorada”, pa’servir a ustedes. (*Canta y baila Jesusita en Chihuahua o parte de ella con gran ánimo. Dispara con supuesto rifle. Amenaza al público con supuestas pistolas*). ¿Qué, acaso no les gustó mi baile? Díganlo nomás para aquí mismo me los quiebre. (*Camina amenazadoramente por la orilla del escenario, desafía con la mirada al público*). No serían los primeros. (*Se detiene para observar detenidamente al público*). La verdad que muchos de los de aquí no me laikan, mucho catrín, mucha pintada. ¿On’ta mi gente? Los del pueblo. Para ellos hicimos la revolución, no para éstos. Me da gusto saber que los presidentes después de Madero se han preocupado por darle al pueblo lo que merece, cómo debe ser, y que todos ellos han sido honrados. Eso es para estar orgullosa. Que no son como los presidentes de otros países del Continente que tienen casas, terrenos, dólares, riquezas de todo tipo; que viajan acompañados de sus amigos y familiares y que sus pueblos tienen hambre. De saber esto hubiéramos exportado nuestra Revolución, así

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

ellos serían como somos todos nosotros: ricos, honrados, cultos, responsables, leales a nuestro gobierno, orgullosos de los que nos gobiernan... ¿o no tengo razón? (*Se transforma nuevamente en Berta*). Ya han de querer saber cómo murió mi abuela. Si mi abuelo murió haciendo el amor, mi abuela tenía que morir peleando... y así murió. Un día que le llega la cuenta de teléfonos con una llamada de larga distancia a New York que nadie había hecho. Rápido que agarra su bolsa y va a las oficinas a reclamar. “A mí no me reclame”, le dijo la empleada, agregando: “ustedes primero hablan y luego vienen con el cuento de que no hicieron la llamada. No sé quién se los va a creer”. Mi abuela le explicó que no teníamos parientes ni amigos en esa ciudad de Estados Unidos. La empleada se rió y le dijo que ella tenía tipo de pertenecer a esas familias en que todos se van de mojados; que su hijo o su nieto deben de ser de esos jóvenes que lavan trastes allá, y agregó, riendo, “¡mecos de exportación!” La abuela que le contesta “Meca, su madre, pinche vieja”. Y que le tira una cachetada, y, la empleada, que era una mujer gorda, se la contesta. La abuela que se sube al mostrador y se arroja sobre la mujer, pero ésta, hábilmente, a pesar de su gordura, que se hace de lado. Y ahí va mi pobre abuela, volando cual Supergirl al piso. Se dio en toda la abuela. El parte médico dijo que se rompió quien sabe cuantas costillas, el fémur, la base carnal y no recuerdo que más. Duró dos días con vida. Cuando recobraba la conciencia volvía a gritar ¡Naca, su madre, pinche vieja! Cada vez lo hacía con menor fuerza como si fuera una letanía religiosa. (*Bajando el tono, como rezando un rosario*). Naca, su madre, pinche vieja. Naca, su madre, pinche vieja; naca, su madre.... Ya no alcanzó a decirle pinche vieja. Pero se lo digo yo. ¡Pinche vieja! (*Enojándose*). Y no me haga enojar que se las va a ver conmigo; con mi abuela si pudo porque estaba vieja, pero a ver si sus chicharrones truenan conmigo. ¡Pinche vieja! ¡Vieja pinche! (*Ríe*). Perdón, ya me estaba enojando, y ese no es mi estilo, aunque algunas veces... bueno, a uno la sacan de quicio. (*Va a bajar el retrato de Lito*). Es Lito. ¿Lo recuerdan? El niño adoptado. Nunca me enteré de la historia de sus padres ni supe por qué lo abandonaron. Con nosotros llegó muy chico, digo con nosotros y estoy diciendo una mentira, llegó con la televisión. Así como aquel personaje de Quevedo que era un hombre a una nariz pegado, así Lito era un hombre a una televisión pegado. La ponía al despertar, al llegar de la escuela y todo el resto del tiempo en que estaba de la casa. Con ella hablaba, con ella estudiaba, con ella soñaba. Era su madre, su amiga, su amante. Bueno, no, su amante debe haber sido hasta que tuvo edad de merecer, de niño sólo fue su madre y compañera. Ay de nosotros si alguien se atrevía a apagarla o se iba la luz. ¿Han escuchado el sonido de una sirena de ambulancia de cerca? Pues él era tres sirenas juntas. (*Hace sonido de*

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

ambulancia). Así, pero mucho más fuerte. El llanto no cesaba, ni con dulces, ni con apapachos; lo único que lo conseguía era la vuelta de la tele. Y por supuesto, sólo obedecía lo que le ordenaban en los diferentes canales. Por la mañana hacía aerobics (*Hace algunos ejercicios*), aprendía en el canal 11 a hacer números, no numeritos teatrales sino números matemáticos. Bebía refrescos normales y de dieta, comía chicharrones, papitas, panecillos, gelatinas, pasteles y demás mugreros. Por la tarde cambiaba sus hábitos, ahora fumaba todas las marcas de cigarrillos que se ofrecían, una cajetilla tras otra; se atragantaba de uvas y ahí empezó lo divertido: el trago, el chupe. Y vengan de ahí cheves, rones, tequilas, brandis, cogaques, whiskies, vinos de mesa: blancos, rojos y rosados; sidras, champañas, anises, amaretos, margaritas, piñas coladas, cócteles de todo tipo y de toda clase, aguardientes de caña. Y ¡Ajúa, que me sirven las ostras! Claro, sin comer, o comiendo sólo porquerías, bebiendo como bebía no le quedaba de otra que morir de cirrosis. Y de eso murió. A los 42 años de edad. Lo velamos en la casa con la televisión prendida. Fue su último deseo. En su caja metimos una tele de esas pequeñitas que traen de fayuca. Una de pilas, con varios repuestos. Para que le duren. Siempre me he preguntado que qué chiste le encontraría ver tanta televisión. Yo la veo unas cuatro horas al día, pero ni un minuto más. Claro, con excepción de cuando hay programas especiales. Esos días la veo un poco más. A todo el mundo le recomiendo que no la vea. ¡Me choca! (*Hace como que se seca el sudor de la frente*). Pensé que nunca iba a terminar con toda mi familia. (*Pasa entre los retratos. Va subiendo uno a uno diciendo su nombre o solamente*): Papá, mamá, abuela, etc. *Se asusta*. No, no he terminado. Me falta mi marido. Qué flojera hablar de él. Se me hace que me lo voy a saltar a la torera. (*Lo levanta. Va a proscenio*). ¡Ya está! (*Ve al público*). Veo que una persona se molestó. Perdón, señor, pero es que mi marido... Sí, ya sé que para que me conozcan a fondo tienen que conocer con quién me casé. Pero no vale la pena, se lo digo de a de veras. (*Ve al público*). Otro. ¿Usted no me lo cree? Bueno, conste que yo les iba a evitar un mal momento. Vamos con mi peor es nada. (*Dice su texto siguiente a gran velocidad*). Su nombre era Arturo, estudió y se recibió de ingeniero. Trabajaba para el gobierno, salía de la casa a las 8 A.M. y regresaba a la 8 P.M. Siempre cansado. Se murió de aburrimiento como muchos se mueren de frío, de calor, de hambre, de sueño. Era su frase preferida: Me estoy muriendo de aburrición. Lo cierto es que nunca quería hacer nada. En eso era igual que todos los maridos del mundo. Vamos al cine o al teatro, le decía yo. Vengo cansado, respondía él. Juguemos baraja, proponía yo; no sé, respondía él. Salgamos a caminar, rogaba yo, Ve tú sola, me respondía él. Leamos un libro juntos, insinuaba yo. Me aburren,

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

respondía él. De perdiz hagamos el amor, exigía yo. No tengo ganas, respondía él. Entonces, ve y chinga a tu madre, le decía yo. Chinga a la tuya, me respondía él. Y así todos los días. Relación amable, tierna, la de nosotros. Siempre pensé que mi marido era especial, pero ahora sé que la mayoría se parecen, que están como cortados con la misma tijera. *(Ve al público)*. Oh, aquí veo a muchos de ellos. No es cierto, es mentira todo lo anterior. Los maridos son lo máximo... *(Para ella)*. Después les digo lo máximo en qué. *(Sonríe)*. Ahora sí, ya terminé con todos. Viene lo difícil, lo peliagudo, lo interesante. Estoy segura de que alguno de ustedes ya tiene la respuesta a mi pregunta que hice al principio. ¿Cómo puedo morir? *Se sienta*. Escucho sugerencias. En estos momentos va a pasar una edecán para recoger sus sugerencias que ya deberán haber escrito. *(Tararea mientras espera las respuestas, se arregla el cabello, las uñas, etc. le llevan varias tarjetas. Empieza a leer.)* La señora, no, perdón, el señor Hinojosa Pérez dice que me muera de envidia, que soy mujer y que para mí eso sería muy fácil. Pues fíjese que no, mister, yo no envidio a nadie, y menos a otra mujer. ¿Qué les puedo envidiar? ¿Su belleza, sus riquezas, sus galanes, sus casas, sus ropas? Já. Todo eso me viene muy guango. *(Se queda pensando)*. No las envidio, pero todas esas tienen lo que tienen por cuscas, por ofrecidas. Eso, por ofrecidas. Sus bellezas son mentiras, puras cirugías plásticas. Enséñenme una con su nariz normal. Vean a cualquiera del cine o de la tele. Máscaras, eso son, máscaras de cartón y nada más. *(Rompe La Tarjeta, La Arroja)*. Decirme que puedo ser envidiosa. Sólo eso me faltaba. *(Ve la otra tarjeta)*. Esta tarjeta es del señor Heriberto Matías Urrutia. *(Se va enojando conforme lee)*. Pues con irse, señor, nadie lo está amarrando para que se quede. Y si es por lo que pagó que se lo devuelvan a la entrada. Dice que el que se iba a morir era él, pero de rabia por escuchar tantas tonterías de mi parte. ¿Usted es muy bueno para relatar? Suba, suba aquí y verá lo que es bueno. ¡Cobarde! *(Lee otra tarjeta)*. ¡Ay, qué linda! La señora, *(Vuelve a leer)* la señora Maritza Olguín me recomienda que me muera de amor, que es la mejor forma de hacerlo. Tiene usted razón, señora. Su consejo lo llevaría a cabo si me dice con quién. Quién es ese ser maravilloso al cuál entregarme. Le juro que si me lo consigue moriré de amor no una sino mil veces. Moriré de amor como Juana la Loca. *(Lee otra, esta es una hoja larga)*. “Veinticuatro horas para morir”, se titula la cartita que me envía la familia Monjarrez Olvera. Gracias. Muchas gracias. *(Leyendo)*. Despierte usted con el ánimo dispuesto a morir ese día. Para desayunar abra unas latas, alguna estará descompuesta. Si no es así salga a la calle, crúcela. Ya está, algún taxi la apachurrará. ¿No? Entonces camine hasta un banco, espere a la entrada. No faltarán los asaltantes y los policías que disparan para todos lados. ¿No le tocó ninguna

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

bala? Bueno, entonces súbase a una pesera, seguramente será asaltada, eso no puede fallar. Resístase. Una cuchillada es lo menos que va a recibir. ¿Tampoco? En ese caso vaya a Pino Suárez a las dos de la tarde y trate de subir al Metro. Muy difícilmente no será apachurrada. ¿No funcionó? Es que usted es resistente. Para el susto acuda a un puesto callejero y cómase unos tacos de buche con su agüita de jamaica, después unos tacos de suadero con su agüita de chía, termine con tacos de seso con una agua de horchata. La muerte por salmonelosis y amibiasis no será tan rápida, pero le aseguro que usted morirá. Bien, veo que no le pasó nada. Camine hasta el Centro para bajar los tacos, después vaya a la Zona Rosa, entre a un restaurante, de los elegantes, y pida un Blodimeri de aperitivo con un platito de anchoas, después una crema de champiñones, un pescado a la Menière; un filete mignon, de postre pastel austriaco. Claro, todo acompañado de vino. Para el café un amareto. Pida la cuenta. Prepárese a bien morir del susto. ¿Aguantó también esto? No es posible. Si usted viniera de fuera le recomendaría respirar algo de smog, pero usted es de la ciudad. No sirve. ¿No le gustaría suicidarse ya que está por el centro? Puede arrojarse de la Torre Latinoamericana, por ejemplo. No, tampoco, ya me acordé que está con protección. Usted sí que es difícil. Ahora vaya con un médico de los modernos, de los caros. Dígale cualquier síntoma. El le recetará al menos diez medicamentos distintos, cómprenlos y tómelos. R.I.P. (*Asustada*). ¿No se ha muerto? Ya no quedan otras formas. Bueno, sí, me queda la infalible: venga usted a este teatro y vea su espectáculo. Morirá de aburrición. (*Se enoja, rompe la carta*). Envidia, eso es lo que lo corroe. Pero yo ya estoy curada de eso. Siempre me han envidiado. (*Toma otra tarjeta*.) Es de Guadalupe Santa Cruz. (*Lee*). Sí señora, ya sé que voy a morir en mi tiempo y no en otro, que no debo tentar al destino, que es pecado lo que hago, que me voy a ir derecho al infierno, que la vida es el mejor don de Dios. Que no importa la forma en que muera, que lo importante es morir en gracia. Será en desgracia, señora, para mí sí es importante la forma. Y no me haga enojar que me voy a morir del coraje, y esa es la forma de muerte que no me gusta. (*Lee varias tarjetas*). Que me haga torera, que me vaya de guerrillera, que dejen que experimenten en mí vacunas contra el Sida, que le entre al narcotráfico, que permita ser víctima de un rito satánico (*Ve hacia el público*). Y qué dijiste, buey, que aquí está tu pendeja. Otro me invita a una sesión de ruleta rusa, de apuesta; el que no se muera se queda con toda la lana. (*Pausa en que lee varias tarjetas*) Creo que no me di a entender. Quiero una muerte original no una muerte común y corriente. ¿Es que a nadie se le puede ocurrir algo? (*Ve al público largamente*) Veo que no. Tendré que esperar otro día, por lo pronto ya estoy muerta de cansancio, muerta de fatiga, sin contar con que

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

también estoy muerta de hambre, de sed y de calor. Algún señor, de los presentes, que venga solo, ¿No quisiera morir conmigo? Lo espero en mi camerino. Moriremos en un acto de amor. *(Manda besos al público. Sale. Se escucha la marcha fúnebre o algún réquiem).*

FIN

LA MUERTE ME PELA LOS DIENTES

RESUMEN.- Bertha pide ayuda al público para que le den consejos para morir decentemente, con dignidad. Relata la muerte cómica de todos sus familiares. Termina por pedir a un hombre que la acompañe a morir con ella en su camerino.

PERSONAJE: MUJER JOVEN

MONÓLOGO